



SIÚTICO

Arribismo, abajismo y vida social en Chile

ÓSCAR CONTARDO

SIÚTICO

Arribismo, abajismo y vida social en Chile

ÓSCAR CONTARDO

 Planeta

*A la memoria de mi madre, por su sentido del humor
en lo dulce y en lo amargo.*

*Todas las fuerzas tradicionales de la selección social
(clubes, registros sociales y colegios profesionales)
se habían vuelto obsoletas –lo sabía–, pero aún
creía necesarios algunos signos o indicios de casta,
para la comprensión y el disfrute del mundo.*

JOHN CHEEVER, Esto parece el paraíso

*Es la palabra más típica de Chile. No tiene nada que
ver con el cursi español ni el huachafo peruano [...]
El siútico no tiene nada que ver con la clase media.
Puede ser siútico y gastarse media docena de apellidos
vinosos. [...] Carlos Vattier decía que existe el ácido
nítrico, el ácido cítrico... y el ácido siútico.*

TITO MUNDT

Contenido

Prólogo de Sonia Montecino: Linajes y pelajes

1. Extraños en el salón

2. Buena presencia

El oscuro destino de los oscuros
Se siente rubio
Papá tenía los ojitos claros
Caniuqueo, el mapuche blanco
Selección de personal

3. Elefantes de loza

Homo siútico
¿Quiénes son los Arozamena?
Una hectárea de estatus
Del Mediterráneo a los Andes
A la orilla de la acequia

4. Corte regular varón

Acaballerados
Buenas compañías
Très chic
La guardia blanca
El talento del marqués de Cuevas

5. Buen provecho

Arribar en tiempos de Guerra Fría
Zapato blanco, taco aguja
«Mire, mijita»
Pañitos bordados, tejido crochet

6. Siutiquería y piedad

El fin de la discusión
De la manda a la misa
Ya no basta con rezar
La masificación y el neosiútico

7. La Piojera (firmes junto al pueblo)

Arriendo señora bien para matrimonio picante
Gente de mundo
Shiny happy people: tipología del cuico
Turismo de clase
La Piojera vip

Agradecimientos

Referencias

Holt y Sofía Correa, de la habilidad para la supervivencia de la elite chilena tradicional.

Pero también son numerosos los ejemplos de ascensos más escarpados.

Del Mediterráneo a los Andes

En contraste con los casos de Argentina, Uruguay o Brasil, la inmigración europea en Chile en el siglo XIX fue escasa y focalizada. La calidez de la acogida al recién llegado dependería en gran medida de su país de origen, variando en grados desde una entusiasta bienvenida al europeo del norte, británico de preferencia («A la gente le encanta que sean de otro país, que sean ingleses y que sean europeos», reflexiona el editor Carlos Ossa), con un declive en el entusiasmo en la medida en que el punto de emigración se acercara al Mediterráneo, encendiéndose luces de alerta cuando se trataba de alguna orilla imprevista del legendario mar interior.

Una de esas orillas indeseadas era la de Oriente Medio. Algunos de los inmigrantes árabes que llegaron antes del derrumbe del Imperio otomano demoraron una generación en hacer la fortuna suficiente para sentir la necesidad de acercarse a los círculos de poder, ya no solamente en el ámbito de los negocios, sino en el de la vida social. Y cuando tuvieron el dinero, vieron que era necesario más que eso. Las dificultades de los millonarios de origen árabe para ser aceptados en la elite dirigente ilustran la incomodidad que suscitaba el nuevo rico.

Dice la historiadora Valeria Maino:

Nunca hubo siúuticos ingleses, alemanes o franceses. Los siúuticos de los años treinta, cuarenta, cincuenta y sesenta eran fundamentalmente españoles y árabes. Porque ellos eran muy distintos..., con mucho brillo. Todas esas casas con sillones capitoné, con vuelos dorados..., siempre eso se vio como de muy mal gusto. Esos autos enormes, Oldsmobile, eran típicos de árabe. Había un problema de gusto porque todo medio tiene su norma para vestirse, para hablar, y esta gente, bueno, los padres eran árabes y no importaba, los hijos fueron a buenos colegios pero les faltaba; solo los nietos efectivamente se refinaron.

Marcar distancia frente al dinero nuevo no siempre era un ejercicio sutil. «Cuando mi padre, José Rafael Echeverría Larraín, era director del Club de la Unión, los Yarur quisieron entrar pero el resto del directorio se opuso. Recuerdo a mi padre muy irritado, porque rechazar a los Yarur era rechazar a la gente que había puesto en marcha una gran industria, y que

había hecho grandes aportes al país», afirma Mónica Echeverría. El mito dice que los miembros del directorio escribieron insultos en la solicitud de Yarur, para dejarle en claro al postulante que sus deseos de pertenecer al club eran por sí mismos una insolencia.

No fue el único caso. Carlos Ossa añade el de una mujer de origen árabe y considerable riqueza, a cuyo primer marido, de familia tradicional, se le negó el ingreso al Club de Golf presumiblemente por estar casado con ella. A estos episodios habría que agregar el rechazo que sufrió el empresario judío Milan Platovsky, según se lee en su autobiografía:

Corrían los sesenta cuando comencé a tomar clases de golf con profesores del Sport Français. Éramos cinco novatos que nos iniciábamos juntos. El deporte nos conquistó y todos presentamos la solicitud de ingreso al club. Yo era el único chileno de ascendencia judía del grupo. A todos les llegó la carta de aceptación; sin embargo, la mía comenzó a tardar más de la cuenta. Encontré extraña la situación y no se me pasaba por la mente que mi sangre judía podía ser causa de rechazo social. Sobre todo en Chile, un país tan libre de odiosidades. Hasta que un amigo, Orlando Mingo, se acercó y con franqueza me dijo que no me iban a aceptar por ser judío.

Platovsky juzgaba su nueva patria como un país acogedor, una tierra amable; sin embargo, no era la primera vez que un miembro adinerado de la colonia judía chilena sufría un incidente de corte xenófobo. *La Tercera de la Hora* del 26 de febrero de 1952 estampa en su primera página el siguiente titular: «Ku Klux Klan antisemita en Zapallar atacó a mujeres y niños». Pequeño, austero y de difícil acceso, Zapallar se había convertido, ya en la primera mitad del siglo, en un espacio de sociabilidad libre de contaminación externa, del vértigo psicológico que conlleva relacionarse con caras nuevas, cuerpos extraños, modales ajenos, costumbres foráneas. Un «nosotros» que de pronto se enfrentó a las nuevas fortunas amasadas en el comercio y la industria textil de familias con raíces en el Medio Oriente.

La crónica de *La Tercera* denuncia un episodio que terminó con la huida de mujeres y niños judíos frente a gritos y amenazas. Acompaña a la nota una carta al ministro del Interior, firmada por Raúl Papperheim, que denuncia «graves hechos de carácter antidemocrático y de tinte nacistas ocurridos en el balneario de Zapallar en las últimas 48 horas». Según detalla el señor Papperheim,

grupos organizados de personas «adultas y responsables» han procedido a colocar rótulos infamantes en las calles [...] numerosas familias han iniciado un éxodo que causa vergüenza a la dignidad y cultura de la República.

El grito de guerra de los antisemitas criollos era «Ni sastres ni judíos. Que los Salomón se vayan a Concón».

Este hecho, sin embargo, no cobró los ribetes de leyenda que tuvo el protagonizado por el dueño de un Cadillac, registrado por el mismo diario. El viernes 12 de abril de 1963 fue Viernes Santo. El país parecía estar pendiente de los días que quedaban para que el Chacal de Nahueltoro fuera ajusticiado. Ese 12 de abril, *La Tercera de la Hora* informaba a sus lectores sobre la venganza oriental del magnate textil Salomón Sumar. El señor Sumar había decidido pasar unos días en el balneario de Zapallar. Sumar habría llegado con su chofer en un Cadillac demasiado llamativo en comparación con el parque automotriz del tradicional balneario, y se habría alojado en el único hotel del lugar. La reacción de la población nativa fue rápida: el Cadillac amaneció cubierto de desperdicios. Aunque la señal era clara, Sumar no quiso dar parte a Carabineros, pese a la insistencia de su chofer. Planeaba algo mejor que acudir a la Justicia: el desquite.

Regresó al vestíbulo del hotel para hablar con las dueñas, de nacionalidad francesa. Encendiendo su enorme puro, Sumar preguntó: «¿Ustedes venderían este hotel...?». «Bueno..., si la oferta fuera buena – dijeron las propietarias–, nosotros podríamos considerarlo».

Según consigna la crónica de *La Tercera*, Sumar cerró el trato en 85 millones de pesos, al contado (dice explícitamente pesos, aunque la moneda en la época fueran los escudos). Una vez formalizado el negocio, las antiguas dueñas le preguntaron por el destino que le daría al hotel. El orgulloso millonario respondió: «Lo donaré al sindicato, para que todos los años puedan venir los obreros con sus familias».

Contrariamente a la nota sobre el ataque antisemita de 1952, la crónica sobre Salomón Sumar no atribuía fuente a la información, ni especificaba cuándo habían tenido lugar los acontecimientos. Ni siquiera hubo entrevistas a las dueñas del hotel. En aquella época, *La Tercera* era un diario popular; sus fuertes eran el fútbol y la crónica roja, con portadas de crímenes escalofriantes y fotografías de cadáveres ensangrentados. La historia de Sumar pronto se transformaría en un mito, traspasado de generación en generación con algunas variaciones (por lo general, los relatos orales hablan de que no fue un Sumar, sino un Yarur). En *El sentimiento aristocrático*, el estudio de María Rosaria Stabili, una de las

fuentes describe el incidente situando los acontecimientos en la década de 1950.

Años atrás, otra familia árabe compró una casa en Zapallar. Llegaron en un enorme Cadillac, como de siete metros de largo. Una noche les rayaron el auto, les quebraron los vidrios, les destruyeron los focos y les perforaron los neumáticos con clavos. La indignación fue tal, que posteriormente transformó la casa en una residencia de veraneo para obreros de su fábrica [...] Esto sucedió alrededor de los años cincuenta.

A grandes rasgos, la historia es la misma. El mito del Cadillac es uno de los más conocidos sobre Zapallar en los círculos de clase alta, y ha sobrevivido exitosamente al paso del tiempo, seguramente porque su desenlace es una venganza perfecta. El problema es que nunca existió un hotel del sindicato de la fábrica Sumar en Zapallar. Al menos nadie recuerda haber visto a operarios paseándose por la pequeña playa del balneario. Dice un zapallarino:

No existió ningún hotel comprado por la familia Sumar. Solo existía un hotel en Zapallar. Era el Gran Hotel y era de una familia francesa. Hace alrededor de treinta años se demolió el Gran Hotel y se edificaron dos o tres casas en el lugar, y nunca alojó ahí el sindicato de la fábrica Sumar. Después del Gran Hotel se edificaron en el sitio de los Porto Seguro seis casas pequeñas que se arrendaban como hotel. Pero hace alrededor de quince años se vendieron y solo hay un hotel, el Isla Seca, que entiendo es de los Aubert Ossandón, antiguos vecinos.

La primera mitad del siglo fue generosa en el comidillo relativo a las maneras de estos nuevos ricos, que habían comenzado como buhoneros y en cosa de décadas llegaban a ser magnates. Sus envidiables logros económicos eran morigerados por los rumores más viperinos sobre sus raras costumbres. Otro de los más conocidos se refiere a una fiesta de quince años que terminaría en desastre. Las hijas de un árabe acaudalado celebraron su fiesta de estreno en sociedad invitando, como se estilaba, a los hijos de las familias más distinguidas de Santiago. Pero los invitados habrían acudido conjurados para reventarles los ánimos de igualdad a esos «asomados», o advenedizos. El novelista Walter Garib relata en clave el cruel episodio en su novela *El viajero en la alfombra mágica*.

El libro arranca con el esforzado patriarca de la familia Magdalani enfrentándose al descalabro de la celebración fallida. Magdalani había comprado la casona adecuada, en el barrio indicado y a la familia apropiada. Había pujado por las obras de arte que se suponía debían decorar los muros de una casa más que decente, había mandado comprar los libros

que se suponía que un hogar educado debía mantener en sus estanterías de alerce. Pero después de enriquecerse con su esfuerzo y su trabajo para que su familia fuera respetada y aceptada, quienes debían concederles el visado a los círculos más exclusivos habían orinado sobre la alfombra, destrozado las cortinas y los libros, vomitado en el piso y taponado el escusado con ropa de las anfitrionas. Otra versión del mismo hecho puede leerse en *El sentimiento aristocrático*, de María Rosaria Stabili, donde se especifica que la fiesta tuvo lugar en casa de la familia Comandari, en 1957.

Aunque las agresiones directas se habrían morigerado con las décadas, la distancia hacia el nuevo rico árabe sobreviviría al menos hasta los años ochenta, según se desprende de una entrevista concedida por Álvaro Saieh al semanario *The Clinic* en 2006. Allí, el dueño de Corpbanca y del diario *La Tercera*, entre otros negocios, habla de la desconfianza que suscitó en el *establishment* chileno el primer gran negocio en el que participó: «Todo el mundo se rió de nosotros».

—¿Siente que había una cuota de racismo?

—Claramente. No tengo ninguna duda de eso. En Chile, incluso hoy, se discrimina por religión, raza, color y origen social. Es uno de los factores más atrasados de nuestra sociedad. En nuestras empresas, el mayor orgullo que tengo es que no discriminamos en ningún sentido a nadie.

—¿Qué fue lo peor que le hicieron?

—Básicamente, la desconfianza en mí y en nuestros socios, lo que limitaba nuestras posibilidades de hacer negocios, pues el negocio bancario es confianza. Por el contrario, los inversionistas y bancos extranjeros nos apoyaron con todo. Y fueron nuestros mejores aliados. Nos fue muy, muy bien, porque si trabajas duro y eres consistente y honrado, te va bien. No me quejo. Cada uno tiene que asumir lo que es. No oculto lo que soy ni de dónde vengo.

The Clinic escogió para titular esta entrevista otra afirmación interesante del importante empresario chileno: «Alguna gente de la Concertación tiene un toque arribista».

A la orilla de la acequia

Por lo que a la elite concernía, el poder seguía estando en la tierra y en la sangre. Y sobre esos pilares se tejían las redes y los códigos secretos, las costumbres misteriosas, los hábitos en clave. El mediopelo nace alejado de ese conocimiento, en el pueblo, en el campo, tratando de escapar apenas se pueda del patrón y de la vida silvestre, de huir del medioevo y entrar en la

- p. 108. «Fisiología del siútico». En *El Picaflor. Periódico de literatura y bellas artes*, 6 de mayo de 1849, citado en Salinas, Cornejo y Saldaña, op. cit.
- p. 109. Hernán Díaz Arrieta (Pedro Selva). «Los siúticos en la literatura chilena». *El Imparcial*, 8 de agosto de 1948.
- p. 110. Diego Araya Cisternas. «Lo siútico. La estructura social según la elite. Adjetivación, distinción y ridiculez, 1862-1961». Santiago, Instituto de Historia UC, 2004.
- p. 110. José Toribio Medina. *Chilenismos. Apuntes lexicográficos*. Santiago, Imprenta Universo, 1928 (disponible en memoriachilena.cl).
- p. 111. Augusto Orrego Luco. *Retratos*. Santiago, Ediciones de la Revista Chilena, 1917.
- p. 112. Bernardo Subercaseaux. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*. Tomo I, «Sociedad y cultura liberal». Santiago, Universitaria, 1997.
- p. 112. Darío Zañartu Caverro. *Cimera roja: apuntes sobre linaje*. Valparaíso, Imprenta Mercantil, 1946.
- p. 115. «En efecto, la oposición a Balmaceda...». Salinas, Cornejo y Saldaña, op. cit.
- p. 117. Hernán Millas. *La sagrada familia*. Santiago, Planeta, 2005.
- p. 118. «Don Patricio Larraín Gandarillas...». Joaquín Edwards Bello. «De precioso a siútico». *La Nación*, 8 de noviembre de 1962.
- p. 119. «La sociedad se define...». Joaquín Edwards Bello. *Revista Mapocho* 56.
- p. 121. «Mario Rivas cobró cierta celebridad...». Roberto Merino. «Mario Rivas, el retratista de la High Life». *Dossier*, UDP, agosto de 2006.
- p. 124. «El problema con Michael...». Richard Conniff. *Historia natural de los ricos*. Madrid, Taurus, 2002.
- p. 124. Maria Graham, op. cit.
- p. 126. John Richardson. *Maestros sagrados, sagrados monstruos*. Madrid, Alianza, 2003.
- p. 126. Alberto Blest Gana. *Los trasplantados*. Santiago, Zig-Zag, 1974.
- p. 127. Luis Barros y Ximena Vergara. *El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900*. Santiago, Ariadna, 2007.